



Para mi compañero de
labores, Joaquín Barón Monge,
Su affmo. amigo,
C. González Pucarcid
Mayo 14 de 1906



Escenas costarricenses

ESCENAS COSTARRICENSES

NOVELA

POR

Claudio González Rucavado

Todo lo que quede de nosotros dirá
cuánto hemos amado y cuánto hemos
esperado.

E. ZOLA.



SAN JOSE, C. R.
IMPRESA DE A. ALSINA
1906

LAS FIESTAS CÍVICAS

863.6



LAS FIESTAS CÍVICAS

I

EL parque está partido en cruz por el Paseo de las Damas y la Calle 24. Pretilos cementados, con refuerzo de ladrillo al pie en forma de grada, circundan los cuatro jardines cubiertos de vegetación educada. Los pretilos y su grada son cómodo asiento. A la sazón hombres y jóvenes de la buena sociedad, sentados allí, dejaban irse las horas conversando sobre la importancia de los perros, las razas de ganados, y, sobre todo, de la última pelea de gallos.

La brisa juguetona tendía el ramaje-lacio de los sauces llorones; el Sol, como la cabeza trunca y candente de un gigante, besaba en el trasfumo la espalda de la cordillera; y el occidente encendido matizaba las nubes.

Con andar acompasado descendían los dos por la espaciosa acera granítica, sintiendo la sublimidad del paisaje que les producía la sensación como de pertenecer á otro planeta iluminado por otra luz y completamente deshabitado.

Luis Aldón revelaba cierto principio de apatía inconciliable con sus veintidós años y con su simpática presencia distinguida. Y Carlos Gómez, su compañero alegre, empeñábase en sustraerle de las costumbres de cartujo, pintándole alegrías y llamándole mimado de la fortuna, la cual quizá se había prendado de aquel negro bigotillo rebelde y de aquellas ojeras azules que da-

ban á Luis un semblante parecido al que solían poner los románticos.

—¡Qué más que los cuatro mil pesos con que te acarició la Lotería!—decíale Carlos:—¿Te figuras acaso que cualquiera juega un billete de la lotería, lo gana entre broma y broma y días después lo cambia por un dineral? No, hombre, no desprecies tu buena estrella.

Luego, en otro tono, agregó:

—Déjate de boberías, ve al baile.

—Al baile...!—repitió Luis. Como si yo fuera de los que por bailar con cualquier muchacha daría vueltas.

—¿Y quién te obliga...?

—Nadie; pero en viendo bailar despier-
tan los deseos y...

—Pues...

—La verdad es que me gustaría bailar con mi novia, y como no la tengo el baile me parece ridículo.

—Ridículo? Extraña opinión. El baile es ejercicio natural del hombre: á mí me sucede, si estoy con ánimo alegre y oigo alegre música, que se ponen mis nervios en tal tensión, que mis pies llevan solos el compás. El baile es ejercicio saludable para la soltura muscular y hay quien asegura que conviene aún para mantener frescas las dotes del espíritu.

—Lo que es á mí,—dijo con énfasis Carlos—me gusta siempre.

II

Delante de los dos jóvenes, con cierta coquetería cogidas del brazo, paseaban algunas señoritas y con ellas Felicia.

Felicia tenía unos dieciocho años; era pequeña de estatura y de movimientos graciosos; sobre el busto delicioso lucía una primorosa cabeza helénica; jamás cabellera castaño-oscura había acariciado contorno de rostro más puro; los lobulillos rosáceos y afelpados de las orejas asomaban en el borde inferior de cada una de las dos bandas en que traía repartido el pelo; y aquellos ojazos azules de ardiente ternura apenas competían en belleza con el primor de su boquita fresca y roja.

En contemplación de Felicia, los jóvenes guardaron silencio breve que Luis rompió:

—Está bien; bailando me cogerá el año nuevo.

Carlos sonrió benévolamente, satisfecho de ser acatado, y abandonó á Luis llevándose la convicción de que el carácter de su amigo cambiaría á poco de sentir el coquilleo agradable y congojoso del amor.

Luis apresuró el paso; acercóse al grupo de señoritas, saludó, y colocándose á la par de Felicia, dijo:

—¡Qué bonita tarde! Da gusto pasear.

—Sí, contestó Felicia. A Hortensia y á Cata se les ocurrió que debíamos ir al Parque Nacional para volver juntas al rosario del Carmen; pero le aseguro que es empresa romana la de salir con estos *Nortes*: va una cabeceando porque si no, vuelan el sombrero y los prendidos. Jesús!

Y como el viento arreciaba ella acudía,

ya á bajarse la falda, ya á tenerse el sombrero. El mismo Luis sujetaba el suyo de paja. Felicia, entrecerrando los párpados para librar los ojos, de las volantes polvaredas, continuó en tono de reproche:

—Ustedes sí que son *hígados*: se paran en las esquinas á vernos pasar y á reírse cuando el viento nos vuela el traje y nos quiere botar. ¡Y que hay boca-calles que son páramos!

—¡Ah, los pícaros Nortes!—exclamó él. Con su ingenuidad y verba encantadoras Felicia parecía estar por ganarse la voluntad de su interlocutor á quien le refirió cómo en días pasados, viniendo por la ace-ra ella y una su amiga, resistiendo las turbonadas de polvo, la compañera, por no dejar que el sombrero y la falda volasen, descuidó la sombrilla á tiempo que un impetuoso ventarrón se la volvió al revés. y que entonces unos muchachos que estaban

apostados en la puerta de un almacén, se habían reído mucho.

—Pues ha de creer, continuó Felicia, que mi amiga, corrida la pobre, me cogió á pellizcos disimulados, y quería hacerme responsable del percance sólo por cuanto no pude menos y reventé en risa yo también?...

Después Luis habló del gran baile anunciado para el treinta y uno de diciembre, deseoso de citarle á Felicia una pieza. Y, antes de resolverse á hacerlo, posponiendo su interés, bordeó el asunto, pensando que suele acontecer que una dama admita generosa el trato de un caballero, pero no una invitación á bailar, y recordando las quejas de algunas por los infelices ratos pasados las veces que se vieron comprometidas á valsar con hombres, si no repugnantes, sin ningún atractivo para ellas. Mas, en esta ocasión, el mancebo delicado

no corría peligro de ser importuno ó de llegar, más adelante, á ser pesado; al contrario, inspiraba ya viva simpatía, y á la pregunta que hizo á la niña, sobre si pensaba ir al baile que se celebraría en el Teatro Nacional, ella contestó que estaba indecisa aún. Y después de una pausa en la cual pareció discutir consigo misma, agregó:

—Sin embargo... Me estrenaré.

Resolución adoptada en ese instante y acogida con calor por Luis como si él la hubiera provocado. A punto estuvo de echarse á espaldas su encogimiento cortés, discreto, y pedirle la primera pieza; empero reflexionó, y con cierto sentimiento dejándola en libertad de cederle de las últimas, si aquel era el gusto de ella, convencido de que el engaño de la cortesía social, que no deja de ser respeto á las personas, era preferible á disgustar á la niña, dijo:

—¡Con cuánto placer hubiera visto de primero en mi programa, y de único, su nombre!... Tengo ya algún otro. Lástima! Pero siento tantos deseos de bailar con usted...

Felicia no lo dejó terminar la idea, ya bastante clara, y satisfizo á Luis, diciéndole:

—Pues elija Ud. una.

—Cualquiera?

—Cualquiera, repitió con garbo la señorita.

—Si no tiene Ud. destinada la primera...

Felicia miró coquetonamente de hito en hito á su acompañante; y como pensando: «á poco más éste se me declara», díjole:

—Con mucho gusto.

Luis dió las gracias con insinuante amabilidad, y creyendo oportuno despedirse hizolo y se retiró gozando al repetir mentalmente el nombre Felicia, cual si de esas

tres sílabas combinadas hubiera de brotar la mágica cadencia que le traería la felicidad ansiada.

Los sueños de dicha futura impresionan como grata nostalgia de placeres idos.

III

En gran movimiento los curiosos, inconformes, distraíanse tratando de ver por las ventanas la brillantísima iluminación interior del edificio fastuosamente aprestado para la inaudita fiesta.

De rigurosa etiqueta grupos de damas y caballeros, ó caballeros solos, cruzaban á pie por entre el populacho desparramado en pelotones por la calle. Niña había que al perder su silueta garbosa en el vano del majestuoso portal dejaba tras sí estela de admiración; y otra, que hasta prodigaba encantadoras sonrisas, cola de murmuraciones que no recogía con sus lindas miradas. Algún coche ó alguna berlina particular se detenía frente al cancel del jardinillo.

El cochero abría la portezuela del vehículo y saltaban á tierra rumbosas damas cubiertas de blondas espumosas, de randas y de flores. Volvía al pescante el cochero, chasqueaba la fusta, y los caballos partían á galope rodando con estrépito el carruaje.

Metido en su sobretodo atravesó Luis Aldón el enlosado del jardín: en el vestíbulo presentó á los porteros su invitación, y poniéndose el guante izquierdo avanzó bajo las ojeadas de la doble valla de caballeros á modo de guardia de honor formados, que figoneaban á los concurrentes, esperaban á sus relaciones y se esparcían ante el desfile de tanta bella.

En pasillos, escaleras y rellanos parecían las niñas mariposas de vívidos colores revoloteando. Por todas partes se las podía admirar; pero Luis no encontraba la suya y se largó al vestíbulo á buscarla.

Los relojes públicos cantaron con timbre

metálico las diez; y Felicia, precediendo á sus padres, apareció en la marquesina. Luis la ofreció el brazo, que ella aceptó, y fué á instalar á la familia en el palco; después condujo á su pareja al saloncito de señoras. La niña, con otras, invadió el tocador. Luis aprovechó esta ocasión para coger dos programas de baile, de una de las consolas de mármol que sostenían espejos monumentales. A poco apareció Felicia; juntósele Luis y la obsequió con uno de los programas, y ella se lo agradeció pidiéndole en seguida que inscribiera su pieza. Con el fino lápiz que pendía del cordón azul del programa se inscribió Luis, abarcando la obertura también, y se brindó á Felicia para inscribir los otros nombres que ella le dictase. La galantería fue aceptada. Después Felicia leyó la fecha del baile y contempló con indiferencia estudiada el paisajillo ideal que ostentaba la portada del programa.

Tanto Luis como Felicia anhelaban la hora de bailar. El, con la excitación de quien espera conversar con una bella que le importa, mientras suavemente la oprime el talle y goza de las dulces embriagueces de los vaivenes rítmicos; ella, con la curiosidad de una niña que jamás ha asistido á un baile formal, que por primera vez lleva escote y que por vez primera se ve rodeada de tanto aparato en medio de una concurrencia numerosa cuya gravedad, allí, cohibe á las no acostumbradas; ella, como mujer, con las preocupaciones exajeradas del traje y las timideces de quien se lanza á lo desconocido, temerosa de hacer ridículo papel ó de chasquearse en sus ilusiones.

De pie, apoyado un ebúrneo brazo redondo en el mármol de una consola, abanicándose nerviosa, Felicia revelaba en la movilidad de sus ojazos azules, ansiedad y temor. En tal actitud, iluminada por las

lmparillas eléctricas, sobresalía la joven con su vestido blanco de velillo, de corpiño bien ajustado y decente escote con orla de albo cintillo de seda; luciendo en el peinado elegante, un ramo de hermosos claveles blancos que contrastaba con otro de claveles rojos que traía prendido al pecho.

Mozalbeta risueño de porte no muy acurado saludó á Felicia y la invitó á bailar. Ella le tendió el libretillo, y él escribió su apellido. En cuanto volvió la espalda el mozalbeta, Felicia dijo:

—Apenas conozco á ese muchacho; y le dí pieza porque si se hace una la rosita, después.....

Felicia fue interrumpida por el mismo de quien hablaba que apareció, y, sin preámbulos, la dijo, indicando á un desconocido que le acompañaba:

—Señorita, tengo el gusto de presentarle á Paco Araya, un excelente amigo mío.

Dicho lo cual, el servidor de Paco pidió permiso para retirarse, y se marchó dejando estupefacta á la joven con la brusquedad de la presentación. Araya solicitó una mazurka.

—Siento mucho no poder complacerlo: no me queda pieza disponible.

—De veras?.....—compungido exclamó Araya.—Y una extra....?

—En estos bailes no hay extras; y sonrió Felicia con sonrisa picaresca.

—No importa, siquiera por la honra de figurar.....

—Pero, si es inútil... Imagínese...

No encontraba Felicia qué decir, é intranquila, miraba en torno como impetrandó misericordia: ya saludaba á una amiga, ya atendía á otros jóvenes que le hacían la rueda; y lo que era Araya, insistía:

—Señorita, permítame su programa.

Felicia se mordió ligeramente el labio

inferior, y después de momentánea indecisión, se lo tendió. Al abrirlo notó el obstinado que varios números estaban en blanco.

—¿Y estos números?... ¿No me dijo usted que ya no?...

—Tienen dueño—dijo con resolución Felicia; y como en ese momento un amigo de su cuerda le pedía cortesmente el programa para inscribirse, agregó:

—Precisamente aquí tiene V. á uno reclamando; y Felicia trató de recoger su programa. Araya, sin soltarlo, interrumpió á su interlocutora:

—Bueno, me apuntaré la quinta. Si llega el dueño, que me la venga á reclamar. ¿No le parece?—dijo haciendo una profunda genuflexión; y se despidió después de inscribirse, manifestando su agradecimiento.

Al fin volvía á las gráciles manos de Felicia el programa. Lo abrió, y al ver el

nombre de Araya, sin poderse contener lanzó una exclamación:

—¡Se apuntó!—y la contrariedad se le dibujó en el rostro. Para despreocuparla, Luis la sugirió la idea de que esa pieza podía dejársela á él ó á otro del agrado de ella, poniéndose de acuerdo ambos en decir que había sido citada anticipadamente. Pareció tranquilizarse la niña, y como una nube de galanes la asediaba, la hizo Luis una reverencia y se alejó.

Por momentos la multitud parecía desbordar derramándose por las escalas. Señoras y señoritas lujosamente ataviadas unas, con sencillez y elegancia otras, ocupaban los sillones y sofás ó formaban grupos aquí y allá, ó se paseaban por el salón. Los hombres replegábanse á las puertas, á las ventanas y á los muros; pocos atendían á las damas, y los menos brujuleaban por los pasillos.

Un corro de muchachas de bastante buena traza charlaba de asuntos que al parecer revestían importancia, según los gestos y ademanes que hacían. Como no era posible que en medio de tanta gente pudieran recatarse, Luis que acertó á quedarles cerca, pudo escuchar:

—¡Qué pocas se estrenan! Y los periódicos que anunciaron tantas.

—*Adió!* Sí las hay: ¿y Luz, y Amelia?...

—Luz!... Entonces yo también me estreno. Si esa es pato de toda fiesta: nunca pierde parranda. ¿A cuál de las del *Club* ha faltado? ¡Ya esa está estrenada hace un siglo!

—Lo que me admira—apuntó otra—es el escote de Laura. Yo no asistiría á un baile, así. Cuando me estrené, mucho era si se me veía algo.

Y úna, tocando con el codo á otra, dijo paso:

—No tendría mucho qué mostrar.

—El vestido de Angélica, repuso otra, es el mismísimo que llevó á la boda de mi prima.

—Pues hija, ¿qué ha de hacer? Tal vez no tenga otro mejor.

—¡Qué feo el pecho de Lola, fijate, qué forma: parece un catafalco blanco!

Luis, molesto de oír cómo aquellas doncellas se perdían en triviales murmuraciones, fué á cerrar un corro masculino en el que llevaba la palabra un condiscípulo suyo de la Escuela de Derecho.

—Señores, decía el abogado en cierne, no verán Uds. tres fraques del mismo corte. Unos mandan á hacer el suyo como les parece: sírveles un lustro largo y luego lo hereda quien ya antes lo había llevado prestado á conciertos, matrimonios ó banquetes. Aquí están los fraques por orden cronológico.

—Pero, dijo uno, no puede negarse que tienen su valor.

—Cuál?—preguntaron.

—El que tendrían en un museo de indumentaria.

Apartóse Luis de allí para ir en busca de Felicia. Eran ya cerca de las once y el baile anunciado para las nueve no principiaba.

IV

Los acordes del Himno Nacional fueron los heraldos de la llegada del Presidente de la República y del principio del baile. De todas partes se levantó un hálito de alegría.

Por los corredores de los palcos, donceles cruzan con rapidez buscando á sus compañeras. En el patio, parejas formadas ya dirigen afanosas los ojos en derredor; otras reposadamente conversan, y de rato en rato miran hacia la preciosa balaustrada marmórea de ancho pasamanos veteadado de amarillo; y algunas parecen contemplar los frescos de los entrepaños murales que ostentan frutas y flores del trópico ó el cielo del patio donde están pintadas la cogida del café, la corta del banano y la ex-

portación de esos productos por el Puerto de Limón.

Por la escalera de la derecha, el Presidente, acompañando á hermosa matrona, con majestad olímpica bajaba los escalones, seguido de diplomáticos y de sus secretarios de estado quienes conducían damas empingorotadas, y seguido de los numerosos danzantes entre los cuales ocupaban lugar Felicia y Luis. Ella, más que placentera parecía angustiada; murmuraba oraciones, temblaba cual primorosa *colipato* cogida por una de sus brillantes alitas verdes.

La apiñazón de personas dificultaba el desfile. Felicia, en su nerviosidad, compóniale un lazo á la señorita que le precedía, y preguntaba si su prendido se había aflojado.

La orquesta toca la obertura y aumenta el entusiasmo de la concurrencia.

Felicia, volviéndose á Luis, con infantil encanto le preguntó:

—¿Ud. no siente temor de entrar al salón? ¡Hay allí tantas gentes que sólo á ver y á comérsela á úna vienen....!

—Es verdad, contestó Luis, pero no vamos solos: no hay por qué tener pena; y menos Ud. que ha venido como una reineta, de bien puesta.

—¿Que no hay que tener pena?... Sí, ustedes como son hombres.... ¡Qué envidia!

Y se apoyaba en el brazo de su compañero amable que la infundía confianza. Interin Luis pensaba cuán cierto es que una de las cosas que halagan al hombre es que se crea en su superioridad, y se le tome como amparo. Y que nada hace tan atractiva á la mujer como la dulzura del semblante y de las palabras.

Luis y Felicia al desembocar en el salón de baile quedaron deslumbrados: escena, proscenio y sala de espectáculo estaban convertidos en amplio espacio albamente.

forrado y regado de lentejuelas, en donde la columna de parejas verificaba espléndido paseo procesional en el propio santuario del arte.

Medio á medio del cielo de la platea un florón de cien luces, y más luces dispersas por doquiera, imitan del día su fulgor. Y ese cielo es admirable; en primer término voluptuosas mujeres de formas rotundas y rostros mundanos, al aire los sueltos cabellos, se tienden como á volar hacia un lampo de cielo turquí que entre brumas ligeras clarea; tras ellas, en guirnalda, más mujeres, y ángeles con trompetas se desvanecen gradualmente en vaporosa y celestial penumbra. En el escenario se eleva, para los músicos, una tarima pintada de blanco, con molduras doradas, que por delante tiene un cartel indicando el número y compás de la pieza que se baila. Dos grandes escudos de las armas nacionales, jarro-

nes atestados de flores, y helechos muy crecidos, la adornan. Espejos de cuerpo entero hunden su canto inferior en lecho de rosas y reflejan caretas doradas en fondo blanco, instrumentos musicales modelados en yeso, capiteles corintios como rubias cabezas alborotadas sobre hombros de egipcias, aristas de oro como filamentos de luz, mascarones trágicos, tapices rojos punteados de estrellas plateadas y reflejos carmesíes del terciopelo con que está guarnecido el apoyo de las delanteras de los palcos; casi todo el decorado interior del Teatro que, aun cuando recargado, da suntuosidad al salón y hace resaltar primorosamente la hermosura y los trajes femeninos.

Orquesta de cuarenta músicos arranca á los violines y violoncellos raudales de armonías que en maridaje divino con los perfumes se difunden por los ámbitos del teatro.

Felicia admiraba aquella sierpe humana que al enroscarse exhibía en sus amplios anillos lujosos atavíos.

Desde el paraíso, los palcos y las butacas del parquet, en marco de oro y grana, relampagueaban los mil ojos del monstruo de las cien cabezas.

Calló la música. El desfile triunfal de la columna se desordenó. Entonces, entre el barullo que las parejas arman buscando presurosas su *vis á vis*, se organizan cuatro cuadros que ocupan la extensión de la magnífica sala. En tanto los músicos afinan los instrumentos y alistan los papeles.

El bastonero apretó el botón de un timbre eléctrico y vibraron los primeros acordes de las ceremoniosas cuadrillas arregladas de Rigoletto.

Después que tanto amor propio trajeado de etiqueta olvidó el papel que representaba nació el regocijo. Las niñas reían

francamente las bromas de los caballeros, y muy ufanas mostraban su gallardía en las diversas figuras de las cuadrillas. Y caballero había que, si no derrochaba ingenio, tarareaba por lo bajo la pieza que tocaban, de puro contento.

Luis no escapó al fuego del entusiasmo que se propagó veloz á todas las almas, y al que le comunicaba el solo placer de estar con Felicia á quien agasajó cuanto pudo colmándola de atenciones y frases que desbordaban pasión amorosa. Cuando en vertiginoso arranque se lanzaron á bailar el final de las cuadrillas, un vals á dos tiempos, quiso él prender con la llamarada de su corazón el pecho de su amiga; mas ella, á las protestas amorosas y á la exigencia cortés de correspondencia, contestó con una sonrisa encantadora:

—La fiesta empieza y la noche es larga. Allá veremos...!

V

La aurora asomó tras los montes tendiendo sobre el valle alfombras de oro y rosa. Estampido formidable cimbró la tierra y temblaron los edificios. Algunos gatos que andaban de bureo, asustadísimos huyeron tejas abajo. De rumbos distintos ráfagas matutinas traían frases incompletas de tocatas populares; las bandas marciales de provincias batían cobres y despertaban con músicas callejeras á los dormidos habitantes de la ciudad. A cada diez minutos estruendoso disparo hacía creer en un estado de sitio: era el saludo oficial al año nuevo. Los gallos cantaban, uno que otro perro ladraba y el grillo chirriaba aún su

estridente canturria nocturnal. El transeunte mañanador, ó el ojeroso fugitivo del baile, la corbata blanca torcida, encontraba al paso á los panaderos, canastas al cogote, ó al trasnochado policial de seguridad que, zabullido en el capote, salía de una puerta en donde, acurrucado, librábase á medias del frío de la madrugada. Y el cañón retumbaba, y se oían los ecos de la música apagados por la distancia.

En danza alegre sorprendió á Luis el nuevo año. ¡Ese diente de la silenciosa rueda del tiempo que pasa y torna mordiendo las ilusiones y engendrando siempre el eterno espejismo de las esperanzas! Y también le sorprendió la aurora que llegó á mandar al lecho á los trasnochadores cansados. Luis se marchó á su casa y se acostó á reponer las horas de vigilia.

De la cama al baño pasó Luis; y cuando de bañarse venía, encontró en el corredor

á Marta, su hermana menor, joven tan hacendosa como bonita, que le dijo amablemente:

—¡Qué chiquito más dormilón...! ¡A la hora que se levanta: casi á medio día!

—No es mucho dormir cinco horas para quien ha bailado toda la noche, hasta el amanecer.

—Sí, agregó Marta, no perdiste pieza...

—A propósito, repuso él interrumpiéndola y palmoteándola dulcemente una mejilla: ¿Por qué no bailaste? Es feo hacer de solterona. La juventud no se repite. ¿Para qué desperdiciarla?

—¡Eh, oigan al decepcionado!

—¿Qué extrañas?..... Pero hablemos en serio: ¿por qué no bailaste?

—Lo sabes.

—¡Qué voy á saber!

—Alfredo me preguntó que si yo pensaba estrenarme. Le contesté que tal vez.

Y cuando, incidentalmente en otra ocasión, tocamos ese tema, salió con que su novia era para él solo, y que lo reventaba eso de que otros la oprimiesen el talle, la acercasen el bigote, la hablasen al oído y la tropezasen los pies... En fin...

—En fin, lo de siempre, la tiranía; que te prohibió bailar.

—Eso no...!

—Y pregunto: se casará?... Porque esas imposiciones... Ya sé que es esa la costumbre, pero no está bien.

Marta cambió súbitamente de color, bajó los ojos, y dijo después de unos segundos:

—Tiranía, imposición; eso no, lo hace una porque quiere. ¿No crees tú que Alfredo tenga razón? Dirás que es ogoísmo. ¿Es otra cosa el amor?

—Creo, Martucha, que no importa que la novia baile con los amigos de confianza; ellos sabrán estar con ella...



—Eso quiere decir que no amas todavía tanto, á pesar de lo entusiasmado que te vi anoche con Felicia. Mientras que Alfredo...

—Eso dice que no quiero sepultar la juventud y la alegría de la que adoro.

—Y ya casado tú?

—¡Ah, esa es otra cosa! Entonces no me parecerá bien que baile porque entiendo que, de lado el marido, mujer recatada no busca mundanos placeres. ¿Qué quieres? Así comprendemos el matrimonio.

—Pues entiendo que debes ser consecuente, porque además, si tu esposa es joven y bonita...

—Bien, bien, dijo Luis, esos son modos de ver. Lo que pienso es que debiste bailar.

—No te apures. No fué necesario que bailara para estar divertida y satisfecha. Alfredo no nos abandonó un momento á mamá y á mí hasta las dos de la maña-

na, hora en que nos trajo á casa. También nos acompañó Carlos y nos contó que muy pronto se iría para Nueva York. Y estaba por eso más contento...

—¡Hasta que se le colmaron los anhelos! exclamó Luis; y añadió:—Ya sabía yo esa noticia buena por una parte y mala por otra. Mala porque pierdo á quien me perdonaba todas mis majaderías en gracia del afecto que me profesa.

VI

Afuera, luz brillante, cielo despejado, viento loco desgarrando las pocas nubes fugitivas, turbonadas de polvo, rodar de coches, bullir de humanidad, flamear de telas; la bandera tricolor en los edificios públicos; y en las fachadas de los mismos, gallardetes, banderolas y farolillos. Los pabellones diferentes de los consulados tremolando en sus astas, sobre los techos. Jinetes á caballo estrepitosamente recorrerían las calles. Cohetes de tiempo en tiempo indicaban desde el cielo el rumbo de la mascarada carnavalesca que convidaba á los toros para las tres de la tarde.

Siendo el último día de las fiestas cívicas, por añadidura domingo y año nuevo,

las vías públicas están henchidas de gente. Los campesinos muy peripuestos con sus ropas domingueras olorosas á eucalipto ó á alcanfor, y los provincianos trajeados como las gentes de la Capital y con ellas confundidos, daban el punto más alto de la animación.

Luis andaba como un azota-calles, tejiendo idealmente mil amorosas guirnaldas. De pronto se detuvo en una esquina; y miraba en redondo como un explorador orientándose, cuando percibió que venía hacia él un grupo de señoritas que semejaba primoroso ramillete ambulante, exhibiéndose primero Felicia cual una esbelta azucena de Siria entre purísimas rosas de Jericó. Luis se les puso al lado, que no era de perder tan deseada ocasión para aspirar el perfume y admirar de cerca aquel primor de mujer, hechizo del mozo galante, que, en seguida de cruzar las frases de

estilo acerca de la salud y las diversiones del día, se refirió á determinado momento del baile de la noche anterior, en el cual hubo lo del reclamo sin empeño de un pañuelito calado que con extrema coquetería se hace pasar ante los ojos arrobados del galán fogoso quien al fin lo arrebató con el callado consentimiento de ella, y se lo lleva apretado contra el pecho á formar parte de los dulcísimos recuerdos de fiestas que fueron.

Y decía él, que no ignoraba ya en qué pie estaba en el ánimo de Felicia:

—Si en lo que á mí toca su memoria no es esquiva, recordará V. lo que le dije cuando V. se paseaba en el salón con aquel caballero alemán...

—No recuerdo. Pero antes de que se me olvide le suplico que me devuelva mi pañuelito.

—Cuál?... Yo....?

—Sí, cuál. No se haga el desentendido.

—Aquí no tengo más que éste; repuso Luis mostrando á Felicia uno de seda, grande, usado; y agregó en son de guasa: —Si éste no le gusta, y me lo permite V., le compraré uno de diez céntimos ó más barato.

—Eso le digo yo á V.: devuélvame el que me quitó anoche y en cambio.....

Un cohete hendió los aires dejando tras sí humo y ruido. Llegaba á la esquina del Palacio la estrafalaria mascarada. Dos hombres, caballeros en sendas bestias, iban adelante. Como de espolique de ellos, un viejo tuerto, tipo de esos creados para contraste infeliz de la figura humana, llevando en la mano derecha un tizón, claudicaba á la par de horrible chicuelo descamisado que cargaba los cohetes. Venía luego la chirimía, música desabrida y monótona, y después un sexteto infame de negros dis-

frazados, pero sin otra máscara que la que les da el pigmento de su tez. Nube de chiquillos de todas las clases sociales, incontables como las piedras de la calle, perseguía con insistentes gritos y risotadas á un disfraz que caracterizaba al Diablo bíblico; este tal arrastraba, amenazando, una cadena, y prorrumpía en tremebundos berridos que horrorizaban á las mujeres y animaban á la chiquillería á gritarle desforadamente:

—¡¡Cuijen, Cuijen, Cuijen!!

Acompañaba á Satán, la Muerte con su hoz, que, cuando movía las mandíbulas ponía espanto en las criaturas. Y luego, enanos, toreros, mefistófeles, seres con dos caras, animales con piernas y pies humanos, bailarinas, polichinelas, arlequines, reyes.... Todo un mundo ridículo para filosofar y para reír. La policía cuidaba de los disfrazados; y para despejarles la calle, enfilaba

al populacho tumultuoso apretándolo casi hasta asfixiarlo, por el cordón de piedra de las aceras.

Sobresalía entre la mogiganga una pareja de gigantones que nunca han faltado en nuestras fiestas cívicas, vestidos á la última moda, y que, bailados á compás de los aires de las bandas marciales que van tras la mascarada tocando por turnos, embobaba á los campesinos y llamaba el interés de todos.

El movimiento, la animación indescrip-
tible, la apretura de cuerpos, la curiosi-
dad, distrajeron á Felicia y Luis, quienes
llevaron su atención al espectáculo, olvi-
dando la discusión poco importante sobre
el pañuelo que él deseaba conservar; y ella
no estaba, en realidad, por impedir tan
inocente deseo.

VII

Era aquello un oleaje de sombreros blancos de pita; sombreros de fieltro y de paja; sombreros de copa, y ricos sombreros caprichosos, atestados de lazos, hebillas, encajes, plumas y flores artificiales.

Como un espejo reflejaba la bóveda celeste; el sol de diciembre hacía resaltar todo una gama de matices vivísimos en los abigarrados mantones y rebozos sedeños.

Troncos escuálidos, y gordos también, tiraban de los enclenques coches de alquiler que muy embanderados rodaban á lo largo de la Avenida 5ª adornada de linternas, banderolas y gallardetes clavados en alfajías y en los perfumados *damas*.

¡El primer toro afuera! gritaron unos granujas entusiastas al oír el toque de atención lanzado por un clarín, y el doble estallido, en el suelo y en las nubes, de una recámara.

Y en tanto zumbaba el viento en los tejados, silbaba en los alambres y salmodiaba al cielo entre el ramaje, volando sombreros, ciñendo al cuerpo los trajes y levantando con ímpetu torbellinos de polvo. Ondas aéreas metían en las orejas la greguería del circo, el tintineo de copas y botellas, y, á ratos, el metálico són de las monedas y el batir febril de los cubiletos.

En la plazoleta del Edificio Metálico, al rededor de grandes ruletas coronadas de cucuruchos de mercería y baratijas, se agolpaban muchas gentes; otras hormigueaban bulliciosas entre puestos de muchachas y viejas campesinas vendedoras de dulces, rosquillas de maíz y fiambres; ó

entre barracones armados á prisa poco antes de las fiestas, para garitos y tabernas, templos en cuyo recinto destartalado se entrega al culto del vicio desenfrenada cáfila de feligreses.

Luis se detuvo frente á los diseminados barracones y pensó en las fiestas cívicas, época de locura en que los tahures de profesión y los aficionados no cierran los párpados; los trasegadores de alcohol, en alarmante caterva ruedan como vástagos debajo de los mostradores de las cantinas, bajo los tablados, á los caños del arroyo, ó duermen con repugnante aspecto á la sombra de los higuerones y los sauces de los parques, y en que las mujerzuelas representan escenas escandalosas. Aquello era cortejo público al vicio. Luis arrugó el ceño con expresión triste. Pero sus preocupaciones amorosas, ejerciendo su peculiar imperio tiránico, vencieron la desagradable

impresión que pugnaba por avasallar el buen humor: Luis pensó en Felicia que debía de estar en algún palco de la plaza de toros, y allá se fué.

VIII

Los tablados, cubiertos con madera, lona ó zinc; adornados con uruca, unos, y empavesados, tenían á medio metro al frente, formando un amplio redondel, las barreras en cuyo travesaño superior estaban sentados y apretados presenciando la corrida, hombres y muchachos. Bajo los tablados pululaba el gentío, lo que no era obstáculo para que se viesen numerosas plebeyas mujeres sentadas á la turca ó arrimaditas á las barreras y de pie tratando de ver el espectáculo por entre los espacios de los travesaños y los colgantes pies de los que estaban sentados en las barreras: las madres, al pecho los mamonci-

llos; enamoriscando zagales, las jóvenes; ó persuadiendo las ayuntadas á sus maridos, muchos de ellos ebrios, de que no se arriesgasen á sortear el toro. Pero todos gozaban lo indecible de la festival.

Por uno de los burladeros se coló Luis al coso, estrujándose con las personas que por el mismo burladero en mareante continuidad pasaban. En el redondel veíanse juntos el campesino humilde y el señorón soberbio, el gandu pícaro y granuja desarrapado, y el pollo elegante. Aquí, grupos estacionados, allá, moviéndose; más lejos un pelotón replegábase á todo correr; y en medio circo, en un claro, unos ebrios haciendo equis, cogidos del brazo, protegíanse mutuamente y hacían ridículas piroetas que aumentaban la hilaridad y la gritería generales.

Como ruedecillas blancas ó negras con tangentes arriba aparecían de lejos las

cabezas del público de los palcos. En el hemiciclo de sombra los elegantes paseaban por el césped marchito, poniéndose á la vista de lo más granado de las bellas que desde sus sillas enviaban sonrisas y miradas amables.

En la parte exterior y menos concurrida del circo estaba el toril. Granujas ahupados en las vigas de los estacones que lo formaban, entreteníanse en pinchar con cañas el ganado.

Circulaban por la plaza lazadores á caballo caracoleando sus cabalgaduras; uno de ellos estaba armado de larga ahijada para punzar el novillo en lidia.

Atrevida cucaña jabonada de arriba á abajo y coronada de cinturones de colores, pañuelos, camisas, pantalones, muñecas y algún bolsillo repleto de monedas de plata, se ofrecía al pueblo. Los granujas y hombres del campo miraban al cielo contem-

plando la riqueza de aquellos *palos de la fortuna*, y algunos ensayaban la subida, pero apenas se elevaban un poco, resbalaban á tierra, frustrándose esfuerzos y esperanzas.

Luis lanzaba insistentes miradas á Felicia y furtivas ojeadas en busca del toro porque temía que el animal le rasgase indecorosamente los pantalones. Por último, para estar tranquilo, acercóse al tablado de Felicia, y á dos muchachos que por asegurarse el puesto, desde temprano se sentaron en la barrera á esperar la corrida, ofrecióles comprar el sitio. Los galopines aceptaron, y Luis se colocó entonces cómodamente para sus propósitos: podía aún hablar con Felicia.

Una turba se arremolinaba al rededor del *bramadero*, amarrado al cual un toro bufaba escarbando el suelo, repartía coces tremendas, y forcejaba por quitarse de los

lomos un jinete atrevido que se le asía fuertemente al petral y le taloneaba la panza. Vibró el clarín, y un capeador libe-riano, al hombro la frazada carmesí, tiró del cabo de un nudo falso, y viéndose libre el toro partió en carrera frenética arqueando el espinazo, pateando y tratando de botar al jinete que llevaba la cabeza ceñida por morado pañuelo y que con ágil cuerpo seguía los movimientos bruscos de la fiera. Unos muñecos de trapo, gordiflones, los *porfiados* (1) sufrieron las primeras embestidas cayendo y levantándose con tenaz rapidez y con gran alegría de los circunstantes. De pronto, en un extremo de la plaza, dos hombres se dan de puñetadas tras breve alegar. Los curiosos corren á rodearles, y la policía á poner orden sin arrestar á nadie porque hay *golpes libres*.

(1) Dominguillos.

Entre la muchedumbre asoman los kepís de los individuos de la policía. Aun no había paz aquí cuando en el extremo contrario una pandilla de jovenzuelos arremetió á pescozones contra dos campesinos tardos y desordenados en el pegar. A escape iban ya las gentes á formar rueda á la justa, y un policial, por apresurarse cayó con gran contento de los espectadores, cuando alguien gritó: ¡el toro! ¡el toro! Y al punto los curiosos de las contiendas, en confusión desbandáronse hacia las barreras. El toro pasó aturdido, atontado con el tumulto, no sabiendo contra cuál arremeter de tantos fugitivos y diestros de ocasión que, azumbrados, le sacan suertes casi en el testuz. Por fin, á uno que sorteaba con la chaqueta, lo aventó á las alturas, mereciendo el hecho la estentórea gritería de la plaza; y apenas cayó el ebrio, levantóse ufano como héroe victorioso.

Cerca de allí un gandulazo mordió la tierra á los repetidos empellones de la fiera que deja su víctima al sentirse acosada por la turba que la conscita, le tira cuanto viene á mano y la vapulea. Entonces, espumaraajeando, trota desorientada. Al golpeado lo sacaron del circo.

Cuando la cansada bestia se les arrimaba, los nerviosos corrían á la barrera, y los menos, se agrupaban presurosos hacia el centro de la plaza, despoblando el campo al animal. Eran de verse en estas ocasiones los bastoncitos de los caballeros y los faldones de sus levitines agitándose en el aire, y los sombreros volando. Todavía el animal tira cornadas al *mico*, disfraz con rabo, que esquiva los golpes hundiéndose en un hueco adrede cavado; desde el fondo del agujero el mico espanta al toro, y no falta un quídam que colée al cornúpeto entre salvas de aplausos, carcajadas y sil-

bidos. Después el jinete desmonta del toro, y los amigos le preguntan, palmoteándole los omoplatos, si aun tiene los intestinos y los sesos en sus respectivos lugares.

Desde el palco del Gobernador el clarín dió la señal para cambiar el toro. Al oirlo arrancaron los lazadores en carrera abierta, revoleando sobre sus cabezas la coyunda, para abrir el lazo. Uno paró á raya su cabalgadura y arrojó el lazo sobre las astas del toro. Tras este lazador los otros hicieron lo mismo; y como se resistía la bestia, casi arrastrada fué conducida al toril.

Como un juguete de belén, la locomotora, tendiendo su palio gris sobre los coches pasó pitando allá sobre la falda de la montaña que ciñe el valle josefino.

Una vez sentado en la barrera Luis comenzó por ofrecer á Felicia cucuruchos de confites y entró en plática; pero por lo